

3a. La lección de su vida

The Health Reformer, 1 de junio de 1878

EL libro de Eclesiastés fue escrito por Salomón en su vejez, después de haber probado plenamente que todos los placeres que la tierra puede dar son vacíos e insatisfactorios. Allí muestra lo imposible que es para las vanidades del mundo satisfacer los anhelos del alma. Su conclusión es que la sabiduría consiste en disfrutar con gratitud los buenos dones de Dios y hacer el bien; porque todas nuestras obras serán llevadas a juicio.¹⁵

La autobiografía de Salomón es lamentable. Nos da la historia de su búsqueda de la felicidad. Se dedicó a actividades intelectuales; satisfizo su amor por el placer; llevó a cabo sus planes de empresa comercial. Estaba rodeado del fascinante esplendor de la vida cortesana. Todo lo que el corazón carnal podía desear estaba a su disposición; sin embargo, resume su experiencia en este triste registro:

Eclesiastés 1

«He mirado todas las obras que se hacen debajo del sol; y he aquí, todo ello es vanidad y aflicción de espíritu.» (Eclesiastés 1: 14)

«Lo torcido no se puede enderezar, y lo que falta no puede contarse.» (Eclesiastés 1: 15)

«Hablé yo en mi corazón, diciendo: He aquí, yo me he engrandecido, y he adquirido más sabiduría que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y mi corazón ha percibido mucha sabiduría y ciencia.» (Eclesiastés 1: 16)

«Y di mi corazón a conocer la sabiduría, y a conocer la locura y la necedad; percibí que esto también es aflicción de espíritu.» (Eclesiastés 1: 17)

«Porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia; y quien añade ciencia, añade dolor.» (Eclesiastés 1: 18)

Eclesiastés 2

«Dije yo en mi corazón: Ven ahora, te probaré con alegría, y gozarás de bienes; y he aquí, esto también es vanidad.» (Eclesiastés 2: 1)

«A la risa dije: Enloqueces; y al placer: ¿De qué sirve esto?» (Eclesiastés 2: 2)

«Busqué en mi corazón el agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retener la necesidad, hasta ver qué sería lo bueno para los hijos de los hombres hacer debajo del cielo todos los días de su vida.» (Eclesiastés 2: 3)

«Engrandecí mis obras, edificué para mí casas, planté para mí viñas.» (Eclesiastés 2: 4)

«Fui engrandecido y aumenté más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; y conservé además mi sabiduría.» (Eclesiastés 2: 9)

«Todo lo que mis ojos desearon, no se lo negué, ni aparté mi corazón de placer alguno, porque mi corazón gozó de todo mi trabajo; y esta fue mi porción de todo mi trabajo.» (Eclesiastés 2: 10)

«Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol.» (Eclesiastés 2: 11)

Los errores y locuras de la época actual son una repetición exagerada de los de épocas pasadas. Una generación tras otra se entrega a la vana búsqueda de paz y felicidad en el mundo, una búsqueda que termina en decepción y, con demasiada frecuencia, en desesperación. El camino de la verdadera felicidad permanece igual en todas las edades. La perseverancia paciente en el bien hacer conducirá a la honra, la felicidad y la vida eterna.¹⁶

Salomón se sentó en un trono de marfil, cuyos escalones eran de oro macizo, flanqueados por seis leones de oro. Sus ojos descansaban sobre hermosos jardines altamente cultivados justo delante de él. Esos terrenos eran visiones de encanto, arreglados para parecerse, en la medida de lo posible, al jardín del Edén.

- Árboles y arbustos selectos, y flores de toda variedad, habían sido traídos de tierras extranjeras para embellecerlos.
- Pájaros de todo tipo de plumaje brillante revoloteaban de árbol en árbol, llenando el aire de dulces canciones.
- Jóvenes sirvientes, espléndidamente vestidos y decorados, esperaban para obedecer su menor deseo.

- Se organizaban escenas de juerga, música, deportes y juegos para su diversión con un gasto extravagante de dinero.

Pero todo esto no le trajo felicidad al rey. Se sentaba en su magnífico trono, su semblante fruncido y oscuro de desesperación. La disipación había dejado su huella en su rostro, antes hermoso e intelectual. Había cambiado tristemente del Salomón juvenil. Su frente estaba surcada de preocupaciones e infelicidad, y en cada rasgo llevaba las marcas inconfundibles de la indulgencia sensual. Sus labios estaban preparados para lanzar reproches a la menor desviación de sus deseos.

Sus nervios destrozados y su cuerpo consumido mostraban el resultado de violar las leyes de la Naturaleza. Confesó una vida desperdiciada, una infructuosa persecución de la felicidad. El suyo es el lamento doloroso:

Eclesiastés 2

«... todo ello es vanidad y aflicción de espíritu.» (Eclesiastés 2: 17)

Eclesiastés 10

«¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es muchacho, y tus príncipes comen de mañana!» (Eclesiastés 10:16)

«¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de nobles, y tus príncipes comen a su hora, para reponer sus fuerzas y no para embriagarse!» (Eclesiastés 10:17)

«Por la pereza se cae el techo, y por la holganza de las manos se viene abajo la casa.» (Eclesiastés 10:18)

«Para reír se hacen los banquetes, y el vino alegra a los vivos; y el dinero sirve para todo.» (Eclesiastés 10:19)

Era costumbre de los hebreos comer solo dos veces al día, siendo su comida más abundante cerca del mediodía. Pero los hábitos lujosos de los paganos habían sido injertados en la nación, y el rey y sus príncipes estaban acostumbrados a prolongar sus festividades hasta bien entrada la noche. Por otro lado, si la primera parte del día se dedicaba a banquetes y a beber vino, los oficiales y gobernantes del reino quedaban totalmente incapacitados para sus graves deberes.

Salomón era consciente del mal que surgía de la indulgencia del apetito pervertido, pero parecía impotente para llevar a cabo la reforma necesaria. Sabía que la fuerza física, los nervios tranquilos y una moral sólida solo se pueden asegurar mediante la templanza. Sabía que la glotonería conduce a la embriaguez, y que la intemperancia en cualquier grado descalifica a un hombre para cualquier cargo de confianza. Los banquetes glotonos y la comida ingerida en el estómago en horas inoportunas dejan una influencia en cada fibra del sistema; y la mente también se ve seriamente afectada por lo que comemos y bebemos.

La vida de Salomón enseña una lección de advertencia no solo a la juventud, sino también a los de edad madura. Solemos considerar que los hombres de experiencia están a salvo de los atractivos del placer pecaminoso. Pero aun así, a menudo vemos a aquellos cuya vida temprana ha sido ejemplar, dejándose llevar por las fascinaciones del pecado y sacrificando su virilidad dada por Dios en aras de la auto-gratificación. Durante un tiempo vacilan entre los impulsos del principio y su inclinación a seguir un curso prohibido; pero la corriente del mal finalmente resulta demasiado fuerte para sus buenas resoluciones, como en el caso del que una vez fue el sabio y justo rey Salomón.

Pero Salomón se dirigió especialmente a los jóvenes en este urgente llamamiento:

Eclesiastés 12

«Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años en que digas: No tengo en ellos contentamiento.» (Eclesiastés 12:1)

Así concluye:

«El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre.» (Eclesiastés 12:13)

«Porque Dios traerá toda obra a juicio, juntamente con toda cosa encubierta, sea buena o sea mala.» (Eclesiastés 12:14)

Estimado lector, mientras te encuentras en la imaginación en las laderas de

Moria, y miras a través del valle del Cedrón esas ruinas de santuarios paganos, lleva la lección del rey arrepentido a tu corazón y sé sabio. Haz de Dios tu confianza. Vuelve resueltamente tu rostro contra la tentación. El vicio es una indulgencia costosa. Sus efectos son terribles en la constitución de aquellos a quienes no destruye rápidamente. Un mareo, pérdida de fuerza, pérdida de memoria, trastornos del cerebro, el corazón y los pulmones, siguen rápidamente a tales transgresiones de las reglas de salud y moralidad.

El genio y el crimen forman una triste combinación, que con demasiada frecuencia vemos en aquellos que han abandonado a Dios en pos del mundo. Muchos de nuestros jóvenes altamente dotados se extravían. Cayendo bajo la tentación, se convierten en esclavos del apetito y la pasión. La virtud y la integridad se destruyen en ellos; el vicio se convierte en un tirano, llevando a sus víctimas de un exceso a otro, hasta que la razón, el respeto propio, el afecto familiar y los intereses eternos ruegan en vano por la reforma. No es fácil recuperar las riendas del autogobierno, una vez que se entregan a las pasiones más bajas.

Los padres pueden aprender una lección de la historia de Salomón. Su modo de acción en la formación de sus hijos para los deberes de la vida, permanecerá como un testimonio vivo de ellos cuando estén en sus tumbas. No hay forma más segura de arruinar a los hijos, tanto en cuerpo como en alma, que rodearlos de lujos, proporcionarles mucho dinero, permitirles frecuentar mesas de billar, teatros, festividades y otras escenas de diversión desmoralizantes, beber vino y pasar su tiempo en delicada ociosidad. Criados de esta manera, no sienten la necesidad de poder mantenerse, carecen de energía para un empleo útil, evitan el trabajo sistemático, no tienen respeto por sus padres ni apego al hogar.

¿Cuál será el futuro de la sociedad y del Estado, si tales hombres son elegidos para cargos de responsabilidad y confianza? Sin un equilibrio adecuado de conciencia o principio, se convertirán en líderes e instigadores de iniquidad en los lugares altos, o en los instrumentos de otros hombres sin principios y más osados. Los intereses de la comunidad no serán considerados sagrados por ellos; y sacrificarán todo a su deseo dominante.

Padres, criemos a nuestros hijos de tal manera que nuestra memoria no sea para ellos como un Monte de Ofensa, al recordar una vida malgastada, resultado de su formación imprudente en nuestras manos.

Que, en cambio, recuerden un feliz hogar parental, donde el vicio de cualquier tipo no era tolerado, y donde la ley de la bondad y la rectitud imperaba, y se enseñaba que el temor del Señor era el principio de la sabiduría.

Abraham plantó su tienda, y a su lado erigió su altar. La tienda fue removida más tarde, pero el altar perduró. Esas piedras memorables permanecieron como un monumento de su rectitud y devoción, y conmemoraron en las mentes de sus hijos, y los hijos de sus hijos, la integridad de su padre Abraham.

- Allí había orado y hecho sus votos a Dios.
- Allí los ángeles lo habían visitado con mensajes de misericordia.

Un lugar sagrado, de hecho, donde el peregrino cansado podía elevar su clamor al Cielo por pureza y santidad de corazón. Nótese el contraste entre esos memoriales y las ruinas del Monte de Ofensa, que testificaron, durante muchas generaciones, la apostasía de Salomón.

Padres cristianos, ¿el testimonio de sus vidas, en la persona de sus hijos, hablará honorablemente de ustedes cuando su voz esté en silencio en la tumba, o sus errores y pecados se perpetuarán en sus hijos, como una advertencia para otros y una mancha en su memoria?

Notas

¹⁴ Eclesiastés 3:12.

¹⁵ Eclesiastés 12:14.

¹⁶ Romanos 2:7.

